

Expoliación urbana, luchas sociales y ciudadanía: retazos de nuestra historia reciente¹

Lúcio Kowarick

El momento de resistencia: las macrodeterminaciones

En la medida en que la iniciativa social y política de los trabajadores continúe bloqueada, será difícil vislumbrar una ciudad verdaderamente humana en San Pablo. Pues es el capital —y no la fuerza de trabajo— el que deteriora la vida metropolitana. Para el capital la ciudad es fuente de lucro, para los trabajadores, una forma de existencia.²

LA CITA, EXTRAÍDA DE UN LIBRO escrito para la Comisión de Justicia y Paz de la Arquidiócesis de São Paulo a mediados de la década de los setenta, apuntaba a hechos y procesos que hoy pueden parecer obvios. Así, en el auge del “milagro económico”, cuando el producto interno crecía a tasas superiores a 10% al año, aumentaron al mismo tiempo, los índices de mortalidad infantil, como consecuencia básicamente, de enfermedades contagiosas originadas por el binomio formado por el deterioro de las condiciones de saneamiento ambiental y la desnutrición. Se advertía también que las condiciones urbanas de trabajo y remuneración se habían deteriorado en el propio centro industrial del país, sede de la industria automovilística, orgullo nacional. Y todavía más, esta caída era considerada como parcialmente responsable del aumento de la riqueza y de su concentración alrededor de un reducido círculo social.

¹ Traducción de Rafael A. Duarte Villa.

² Lúcio Kowarick y Vinicius Caldeira Brant (coords.), *São Paulo, 1975, Crescimento e Pobreza*, São Paulo, Loyola, 1976. Versión al inglés publicada en 1978: *São Paulo Growth and Poverty*, The Bowerdean Press, Londres.

En otras palabras, se identificaba la aceleración del crecimiento con la extensión de la pobreza; desde otra perspectiva se sugería que el denominado “milagro brasileño” estaba siendo dirigido por un santo perverso, que con una mano ofrecía a algunos lo que con la otra retiraba de muchos, al afirmar que la lógica que presidió el crecimiento económico durante el régimen militar se sustentaba en la profundización de la pobreza, y que tuvo, literalmente, efectos explosivos.³

Es necesario destacar que, más allá de otras interpretaciones de las relaciones entre crecimiento y pobreza, comenzaba a ser valorada una apreciación distinta sobre la configuración de las condiciones de vida urbana. Sin negar la importancia de las relaciones de producción y de los niveles de remuneración, el estudio referido consideraba un camino de interpretación que no se atenía o se reducía al proceso de explotación del trabajo ni a los grados de pauperización derivados del mismo. Éste continuaba predominando en la explicación de la exclusión socioeconómica imperante en las ciudades brasileñas pero, al mismo tiempo, se vislumbraban otras formas de cuantificar la así llamada “reproducción de la fuerza de trabajo”: costos y tiempo de locomoción consumidos en los transportes colectivos, precariedad de los servicios de salud, condiciones de vida en los cortijos y *favelas*, acceso y permanencia en la escuela. Se incluía también el “trabajo gratuito” realizado en la construcción de la casa propia localizada en terrenos clandestinos desprovistos de servicios básicos.

Este y otros temas se transformaron en objeto interpretativo procurando detectar en la problemática urbana una serie de exclusiones que incidían no sólo en la calidad de la vida, sino en la propia existencia de los habitantes de nuestras ciudades. Por otra parte, estas necesidades cotidianas se tornaron en el transcurrir de los años setenta, durante la etapa anterior a la implosión de las huelgas metalúrgicas de 1978-1980, en resorte propulsor de los movimientos reivindicatorios que brotaron en forma aislada y eventual en millares de barrios populares.⁴

³ A principios de septiembre de 1976, el Centro de Estudos Brasileiro de Análise e Planejamento (Cebrap) sufrió un atentado por medio de una bomba, que fue reivindicado por la Alianza Brasileña Anticomunista. Esto ocurrió poco después de la publicación del libro *São Paulo, 1975, Crescimento e Pobreza*, percibido como “subversivo” por el coronel Erasmo Díaz, entonces secretario de seguridad del gobierno de São Paulo: “esta es mi biblia, afirmaba él. Yo leo este libro todos los días para estar con odio”, *Folha da Tarde*, 7 de septiembre de 1976.

⁴ En relación con el tema de las luchas urbanas durante la década de 1970, véanse, entre otros: Paul Singer y Vinicius C. Brant, *São Paulo o Povo em movimento*, Río de Janeiro, Vozes, 1980; y José Alvaro Moisés, “Estado, as Contradições Urbanas e os Movimentos Sociais”, *Revista de Cultura e Política*, San Pablo, CEDEC, 1979.

Implícita en el libro *São Paulo, 1975, Crescimento e Pobreza*, surge esta noción de expropiación urbana al final de la década:

es la sumatoria de distorsiones que operan por la inexistencia o precariedad de servicios de consumo colectivo que (conjuntamente con la tierra y la habitación), se consideran socialmente necesarios en relación con los niveles de subsistencia, y que agudizan aún más la dilapidación que se realiza en el ámbito de las relaciones de trabajo.⁵

Esa tendencia interpretativa afirmaba que los problemas urbanos debían ser analizados ligándolos a la dinámica de acumulación del capital, pues ésta habría de originar, en última instancia, la configuración espacial de una ciudad y las diferentes estratificaciones, en términos de acceso a los beneficios. En otras palabras, el conflicto social (de clases) se disipa en el tejido urbano generando continuos y variados procesos de producción y apropiación de los llamados “espacios construidos”. Su expresión más evidente reside en la segregación socioeconómica y espacial que existe en las áreas asimétricamente provistas de bienes y servicios: se puede constatar que, al incrementarse el valor de ciertas áreas, las poblaciones pobres que no pueden pagar el así denominado “precio del progreso”, son expulsadas de ellas, y de esta manera, son constantemente creadas nuevas zonas periféricas sin servicios básicos, aumentando el caos urbano y los costos de urbanización.⁶

Vinculado a este proceso, el análisis subrayaba la importancia de la acción estatal en la generación directa e indirecta de bienes y servicios que se transforman en elementos indispensables para la reproducción de la fuerza de trabajo y para la expansión del capital. Se pregona que sería a partir de esta polarización que emergerían las luchas que oponen los intereses de la clase trabajadora para obtener más y mejores servicios y equipamientos públicos, y las necesidades de enormes inversiones —energía eléctrica, comunicaciones, transportes—, que sirven como elementos dinámicos de la reproducción ampliada de la acumulación capitalista. En tal sentido el Estado “se politiza” al tornarse centro de las crecientes presiones y reivindicaciones: por causa de este

⁵ Lúcio Kowarick, *A Expolição urbana*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1979, p. 59.

⁶ Existen numerosos trabajos que analizan la cuestión referente a la segregación urbana. Véanse Eva Baly, *A Luta pelo Espaço*, Petrópolis, Vozes, 1978; Lícia do Prado Valladares, *Habitación em Questão*, Río de Janeiro, Zahar, 1980. Milton Santos fue uno de los autores que más trabajaron sobre la desigualdad social del espacio, por ejemplo en *Metrópole Corporativa Fragmentada: o Caso de São Paulo*, San Pablo, Nobel, 1990.

tipo de oposición (de clases) el Estado se transforma en el núcleo de los conflictos.⁷

Partiendo de la perspectiva de los estándares de vida de los estratos populares, algunos escritos de la época resaltaban la semejanza entre las condiciones de los trabajadores explotados y las de los moradores expoliados, en la medida en que se identificaba a la creación y distribución de riquezas como los factores que generaban esta doble cara del mismo proceso. No obstante esto, se anotaba la existencia de un grado relativo de autonomía entre estos dos procesos. Aun cuando, por ejemplo, los grados de pauperización fuesen mantenidos inalterados o mermados, los patrones urbanos de vida en términos de servicio y equipamientos colectivos, subsidios a la habitación o facilidad de acceso a la tierra, podrían mejorar o empeorar, en función de la capacidad de presión que las organizaciones de barrio mostrasen para obtener de las esferas públicas respuestas efectivas a sus reivindicaciones: éste es el tema de las "luchas urbanas".

Ya no se afirmaba que el tipo de reivindicación era el factor esencial para adjetivar la calidad de la lucha. Pero algunos análisis todavía enfatizaban que la tierra, o más precisamente, la lucha contra la propiedad privada, era el elemento potencialmente más apto para generar confrontaciones de mayor envergadura. Se recalca la dinámica interna del grupo que se consideraba como un factor destacado en la trayectoria de la movilización, al mismo tiempo que se subrayaba la importancia de los conflictos resultantes, de la explotación del trabajo y de la explotación urbana, como estratégicos para la radicalización de las interacciones entre dominantes y dominados.

En la mayoría de los escritos de la época esto significaba que frente a las magnitudes y crudezas de los problemas de la existencia cotidiana, las reivindicaciones étnicas o de género, eran vistas como secundarias o inclusive marginales en cuanto movilizadoras de aglutinaciones: en la formación de identidades y oposiciones sociales y políticas confluían los procesos que originaban una condición objetiva de pobreza.

⁷ Véase Francisco de Oliveira, "Acumulação Monopolista, Estado e Urbanização: a Nova Qualidade do Conflito de Classes", en *Contradições Urbanas e Movimentos Sociais*, Río de Janeiro, CEDEC/Paz e Terra, núm. 1, 1977; José Alvaro Moisés y Verena Martínez-Allier, "A Revolta dos Suburbanos ou Patrao, o Trem Atrasou", *idem*. La polémica en relación con el Estado y los movimientos sociales fue intensa en los años setenta y ochenta. Ruth C. Cardoso estuvo entre las primeras que criticaron fuertemente los estudios que evaluaban la relación entre el Estado y los movimientos sociales siempre *a priori* y en términos polarizados y opuestos: "Movimentos Sociais Urbanos: Balanço Crítico", B. Sarj y M.H.T. Almeida, *Sociedade e Política no Brasil Pós 64*, São Paulo, Brasiliense, 1984.

Sin duda, en estas modalidades interpretativas se abría una brecha para el análisis de las coyunturas políticas y para las trayectorias de luchas emprendidas por los grupos populares. Sin embargo, lo que permitía la coloración de este cuadro de confrontaciones y debates entre los diversos, y muchas veces radicales y opuestos, grupos sociales, eran las tonalidades de las pinturas resultantes de las llamadas “determinaciones macroestructurales”.⁸

Por otra parte, debe ser advertido que las macrocaracterizaciones de las sociedades de industrialización tardía, en boga en la literatura sociológica latinoamericana de los años sesenta y setenta, seguían las líneas trazadas por la “teoría de la marginalidad”.⁹ Una de estas vertientes postulaba que la población puesta a disposición del proceso de expansión capitalista, lejos de ser “excesiva” o “necesaria” constituía un elemento de importancia extrema para absorber una buena cantidad de mano de obra, fuese por medio de la explotación del trabajo, o por la inexistencia o precariedad de los servicios ofrecidos, en la mayoría de las veces de forma ineficiente, por los órganos públicos.¹⁰

Se insitía en que también bajo este ángulo interpretativo regresaban a escena las “determinaciones estructurales”. En este caso, la atención recaía sobre el volumen de mano de obra, que por causa de su amplitud permitía al capitalismo nativo crecer destruyendo la energía de gran parte de aquellos que empujaban hacia adelante los engranajes productivos. La inmensa reserva de brazos constituiría, de esta forma, un pesado problema en la organización sindical y política de los trabajadores; ellos partían rumbo a las luchas sociales cargando el estigma de una debilidad de clase previamente preconfigurada.¹¹

En sentido contrario, pero con connotación teórica, llaman la atención algunos análisis que prevalecieron al final de la década de los setenta y mediados de los ochenta, en los cuales el movimiento popular,

⁸ Lúcio Kowarick, “O Preço ao Progresso: Crescimento Económico, Pauperização e Espolição Urbana”, *Cidade, Povo e Poder*, San Pablo, CEDEC/Paz e Terra, núm. 5, 1982.

⁹ Cabe resaltar la polémica entre: José Nun, “Superpoblación relativa, ejército de reserva y nada marginal”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 5, núm. 2, julio de 1969 y Fernando Henrique Cardoso, “Participação e Marginalidade: Notas para uma Discussão Teórica”, en *O Modelo Político Brasileiro*, San Pablo, Difel, 1972.

¹⁰ Lúcio Kowarick, *Capitalismo e Marginalidade Urbana na América Latina*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1975.

¹¹ Existe toda una literatura que enfatiza la debilidad de las clases trabajadoras para constituirse en sujeto social y político. Una posición crítica en relación con esta concepción puede encontrarse en M. C. Paoli, V. da S. Telles, y E. Sader, “Pensando a Classe Operária: Os Trabalhadores Sujeitos ao Imaginário Acadêmico”, *Revista Brasileira de História*, San Pablo, núm. 6, 1984.

como consecuencia del carácter crecientemente expoliativo de nuestras ciudades, estaría destinado a desarrollar luchas de calidad siempre superior. Era ésta una versión citadina del “subdesarrollo del subdesarrollo” en la cual se postulaba no sólo el creciente menoscabo de las condiciones de vida, sino sobre todo, que el deterioro mismo se encuentra en la raíz de las acciones de tendencia anticapitalista de los grupos urbanos pobres.¹²

Si en el enfoque anterior se preveía una posibilidad de derrota, ahora, por una especie de vocación metafísica, el “optimismo catastrófico” subyacente en el análisis apostaba sus fichas a favor de la transformación radical de la sociedad. Marcadamente evolucionista, este esquema se apoya también en una lectura deductiva de las luchas sociales, en el sentido de que ellas se articulan en macrocondiciones materiales objetivas. Trátase de estilos de interpretación desprovistos de mediaciones históricas y coyunturales, en las cuales la expoliación urbana o la explotación del trabajo se convierten en explicativas, y cuya dirección causal resultaría en el agravamiento de las condiciones de vida.¹³

El momento de transición: actores y movimientos sociales

Vale la pena repetir cuantas veces sea necesario:

Quiero dejar claro que no considero posible deducir las luchas sociales de las determinaciones macroestructurales, puesto que no hay una relación lineal entre la precariedad de sus condiciones de existencia y los embates llevados adelante por los contingentes por ella afectados. Esto porque, en una situación variable pero común de exclusión socioeconómica, los conflictos se manifiestan de manera diversa y, sobre todo, las experiencias de lucha tienen trayectorias extremadamente disparejas, proyectándose en *impasses* y salidas para los cuales las condiciones estructurales objetivas constituyen, en la mejor de las hipótesis, apenas un gran telón de fondo. No se trata de ignorarlas, sino de reconocer que, en sí, la depauperación y la expoliación son solamente materias primas que potencialmente alimentan los conflictos sociales.¹⁴

¹² Críticas a estas posiciones pueden encontrarse en Fernando Henrique Cardoso, *Autoritarismo e Democratização*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1975, principalmente en el capítulo I, “As Novas Teses Equivocadas”.

¹³ Discutí estas cuestiones en Balance Crítico: “Movimientos Urbanos no Brasil Contemporáneo: Uma Análise da Literatura”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 1, núm. 3, San Pablo, Cortez y ANPOCS, 1987.

¹⁴ Lúcio Kowarick, “Los caminos de encuentros: Reflexiones sobre las luchas so-

No carece de sentido que este largo párrafo haya sido escrito después de las huelgas obreras de fines de los años setenta, precedidas por el movimiento de amnistía, de las elecciones que marcaron el transcurrir de aquella década, o de las manifestaciones que llenaron las plazas tratando de combatir el aumento del costo de la vida, y precedidas también por las innumerables y variadas luchas en busca de mejorías urbanas que ocurrieron en los millares de barrios de las periferias de nuestras ciudades, que presentaron distintos grados de organización y persiguieron diferentes tipos de reivindicaciones.

El propio ritmo de los embates sociales y de los debates teóricos abría nuevos horizontes políticos e interpretativos y ponía en escena otras consideraciones sobre qué elementos era importante detectar en los múltiples escenarios de las ciudades brasileñas. Sin duda, las referencias macroestructurales continuaban existiendo y, al comienzo de los años ochenta la crisis económica generó nefastas consecuencias en relación con la caída de los niveles de remuneración, con el aumento sustancial en las tasas de desempleo, y con el deterioro de los servicios públicos de asistencia social y transporte colectivo, llevando a la quiebra al sistema estatal de financiamiento habitacional. Es obvio que el ejército de reserva de mano de obra todavía era voluminoso. Pero el núcleo de la explicación dejó de privilegiar el aumento de las exclusiones económicas y sociales o políticas. El cuestionamiento de por qué los grupos se movilizan no pudo atenerse más a los grados de carencia o marginación, provinieran del mundo del trabajo o de los barrios populares: "entre las contradicciones imperantes y las luchas propiamente dichas hay todo un proceso de producción de experiencia que no está, de antemano, tejido en la tela de las determinaciones estructurales".¹⁵

Parece haber ocurrido un desplazamiento analítico de cierta importancia, pues bajo esta perspectiva, los actores políticos producen tramas que se refieren a las condiciones materiales objetivas, pero no se enganchan con ellas. En suma: no importa mayormente la magnitud de la explotación, expropiación u opresión, sino el significado que grupos, categorías o clases atribuyen a estos procesos. Así, en lo referente a los

ciales en San Pablo", *Revista Mexicana de Sociología*, México, vol. XLVI, núm. 4, octubre-diciembre de 1984, p. 75; también publicado en David Slater (ed.), *New Social Movements and the State in Latin America*, CEDLA, Latin American Studies, núm. 29, Foris Publications, The Netherlands, 1985, cap. 3, "The Pathways of Encounter: Reflections on the Social Struggles in São Paulo".

¹⁵ *Ibid.*, p. 75. Estas reflexiones se apoyan en Vera da Silva Telles, *Movimentos Populares nos Anos 70: Suas Formas de Organização e Expansão*, mimeo., 1982.

movimientos sociales una de las principales preguntas es: ¿cómo se producen “experiencias colectivas” a partir de “vivencias” de estas formas de exclusión social, económica o política?¹⁶

Retomo la noción de expoliación urbana, pues considero que puede ser útil para intentar esclarecer estas cuestiones de orden teórico.¹⁷ Es factible resaltar que, a diferencia de trabajos anteriores, en el artículo arriba citado su caracterización ya no incluye más la idea de profundización de la dilapidación de la fuerza de trabajo. Esto significa, inicialmente, que la discusión respecto a la reproducción urbana de los trabajadores dejó de privilegiar la cuestión de la mano de obra de reserva. Como ya se ha visto, tal planteamiento sujeta la acción social a las determinaciones macroestructurales: el exceso de mano de obra sería un peso que, conforme a un postulado teórico que sigue las leyes generales de la acumulación capitalista y no por la vía de un proceso histórico singular, haría que la balanza de las luchas sociales se inclinara constantemente en perjuicio de los sectores dominados.¹⁸

En otros términos, en vez de ligar el análisis de las condiciones urbanas de existencia a las vicisitudes de la expansión capitalista y deducir las luchas sociales de las precariedades que las caracterizan, parece analíticamente más promisorio indagar el significado que esta materialidad objetiva tiene para los múltiples actores que se debaten en la arena social.

Hay numerosos caminos teóricos y, sin ser exhaustivo, creo que uno de ellos se localiza en posiciones interpretativas diversas, pero que tienen como denominador común la revaloración de la cuestión de la “subjetividad social”. Subjetividad social en la acepción de producción simbólica realizada por actores colectivos que viven, interpretan y elaboran discursos con señales positivas y negativas sobre una determinada situación concreta; el ensayismo sobre la cuestión de la *dignidad*, las reflexiones llegadas de la filosofía política sobre el tema de las carestías

¹⁶ Eder Sader hizo un notable trabajo sobre el concepto de experiencia, teniendo en cuenta la dinámica de los movimientos sociales urbanos: *Quando Novos Personagens Entram em Cena*, San Pablo, Paz e Terra, 1988.

¹⁷ Lúcio Kowarick, “Cidadao privado y Subcidadao Publico”, *São Paulo em Perspectiva*, San Pablo, vol. 5, núm. 2, abril/junio, 1991.

¹⁸ La reproducción de la fuerza de trabajo no se agota al plantear ecuaciones sobre la funcionalidad de la explotación capitalista; al final de cuentas, niños, jóvenes y mujeres, cada cual a su manera y en su tiempo, son más promisorios en el potencial de su historicidad cuando se les observa con una mirada que no los disminuye, al considerarlos como el eslabón más débil de la cadena que engrana al ejército industrial de reserva con la mano de obra comprometida en la producción. *Ibid.*, p. 3.

y la historiografía, marxista o no, que al reflexionar sobre las dinámicas de la insubordinación o de la obediencia, introducen la problemática de la *economía moral* y de la *justicia*. Todas éstas constituyen algunas iniciativas que pretenden discutir la vasta y abierta problemática de los movimientos sociales.¹⁹

Orientado por esta amplia y diversa tradición interpretativa, vuelvo a la noción de expoliación urbana que puede servir para esclarecer lo que fue designado antes como “producción de un discurso sobre la exclusión social”. Resumo y adapto una larga cita:

[La expoliación urbana] refiere a la ausencia o precariedad de servicios de consumo colectivos que, conjuntamente con el acceso a la tierra, se muestran socialmente necesarios en la reproducción urbana de los trabajadores. La idea allí contenida es que no existe necesidad de tener acceso al agua entubada, a calles pavimentadas, a clases de matemáticas, a exámenes cardiológicos o endoscópicos; sino que se trata de una construcción histórica que resulta de las luchas sociales y, por lo tanto, trasciende a una lógica que sería inmanente a la expansión del capitalismo. En este sentido, la expoliación sólo puede ser entendida como producto histórico que, al alimentarse de un sentimiento colectivo de exclusión, produce una percepción de algo —un bien material o cultural— que está faltando, y que es socialmente necesario. De esta forma, la noción contiene la idea de que el progreso expoliativo resulta de una sumatoria de distorsiones, esto es, despojar o dejar de proveer a un grupo, categoría o clase de lo que éstos consideran como sus derechos. No en la acepción propiamente dicha de legislación positiva, sino en el sentido de una percepción colectiva según la cual existe legitimidad en la reivindicación por un beneficio y que su negación constituye *injusticia, indignación, carecimiento o inmoralidad*: lo legítimo puede institucionalizarse y hasta transformarse en norma jurídica [...] Pero igualmente vital es el lento, oscilante y contradictorio proceso de desnaturalización de la violencia que impregna la banalidad del cotidiano en las metrópolis del subdesarrollo industrializado.²⁰

¹⁹ Respectivamente: Simone Weil, *A Condição Operária e outros Estudos sobre a Opressão*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1979; Agnes Heller, *O cotidiano e a História*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1972; J. P. Thompson, *Tradição, Revolta e Consciência de Classe: Estudos sobre la Sociedad Pré Industrial*, Barcelona, Editorial Crítica, 1977; y Barrington Moore jr., *Injusticia: as Bases Sociais da Obediência e de Revolta*, San Pablo, Brasiliense, 1987.

²⁰ Lúcio Kowarick, “Cidadão Privado...”, *op. cit.*, p. 4.

El momento de la redemocratización: la ciudadanía inexistente²¹

No hay duda de que Brasil experimentó, fundamentalmente a partir de los años ochenta, un significativo progreso en términos de legislación electoral. De hecho, si comparamos los 7.4 millones que votaron en 1945 (representando 16% de la población), con los 90.2 millones de electores de 1992 (60% de la población), no se puede afirmar que exista déficit de democracia en el sistema político brasileño.²² Observados también desde el ángulo de la competencia partidista, del control de los fraudes en el cómputo de los votos y de la renovación de los gobernantes obedeciendo las normas legales, hubo consolidación de procesos normalmente asociados a las condiciones modernas de la democracia.

Sin embargo, lo que se advierte es una sociedad que avanza en sus derechos políticos al mismo tiempo que las condiciones de la estructura social (en particular la igualdad ante la ley, el acceso a la educación, a la salud, a la jubilación, a condiciones de trabajo, y a la protección), continuaban siendo extremadamente precarias para la gran mayoría de la población pobre, que, de igual forma, va tornándose cada vez más pobre.²³

Cabe resaltar, en este sentido, que apenas 10% de la población que votó tenía ingresos suficientes para declarar el impuesto sobre la renta. Esto significa que la inmensa mayoría que participó en las elecciones en Brasil se encontraba en una condición de pobreza tal, que la tornaba inexistente para fines de recaudación tributaria. Sólo estos datos serían suficientes para reflexionar acerca de un sistema político que sigue las reglas democráticas, pero no consigue disminuir las dilatadas disparidades sociales y económicas: ¿cómo pueden coexistir al mismo tiempo libertad política y desigualdad extrema de oportunidades?

Esta problemática de la democracia en Brasil ha sido analizada partiendo de diferentes perspectivas y, en este espacio, sólo cabe retomar algunos temas que constituyen puntos de partida para investigaciones que resultan cada vez más perentorias.

²¹ El título del trabajo de Vera da Silva Telles es "Ciudadanía Inexistente: Incivilidade e Pobreza: Um Estudo sobre o Trabalho e Família na Grande São Paulo", tesis de doctorado en sociología, FFLCH/USP, mimeo., 1992.

²² Bolívar Lamounier y Alexandre H. Márquez, "Tendances Électorales des Années 1980 aux Années 1990", *Problemes d'Amérique Latine*, núm. 9, enero-marzo de 1993, p. 18.

²³ Vale repetir, cuantas veces sea necesario que para 1989 había 50% más pobres en el país que en 1981, y que pasaron de percibir 14.6% del producto interno bruto en 1981 a apenas 11.2% en 1989. Por otro lado, los 5% más ricos percibieron en el mismo periodo, 31.9 y 37.7%, respectivamente. En los años noventa, la concentración del ingreso se incrementó aún más.

Una primera línea interpretativa, centrada en las características del Estado y del sistema político, apunta a la existencia de una nueva forma de democracia, calificada de “delegativa”, de la cual Brasil sería uno de los casos ejemplares:²⁴ trátase de una forma de gobierno en la cual el poder ejecutivo recibe por medio de elecciones un mandato que le *confiere la posibilidad* de hacer lo que le parezca adecuado para el país. Esta modalidad de democracia, al no estructurar patrones más sólidos de representación de responsabilidades (*accountability*) *vis-à-vis* con el parlamento, el poder judicial y otros órganos de control del ejecutivo, tiende a desarrollar formas caudillistas de decisión, junto con otras como el decretismo o el “paquetismo”, y a reproducir modos crecientes de clientelismo y corrupción.

Desde el ángulo que interesa destacar aquí, esta forma de mandato genera la prepotencia, y al mismo tiempo, la omnipotencia y la impotencia del ejecutivo, comprometiendo la concepción republicana de la democracia. Esto es, la separación de los intereses públicos y privados genera también la desarticulación de las burocracias estatales, trayendo consecuencias nefastas en los patrones de gobernabilidad y en la puesta en marcha de políticas públicas. Todo esto, dentro de un cuadro de estancamiento económico, inflación galopante, aumento del desempleo y acentuado deterioro de los servicios colectivos públicos. En un texto más reciente el autor, en cuyas ideas se fundan estas reflexiones, avanza en la problematización de la crisis del Estado y sus conexiones urbanas de existencia:

El crecimiento del crimen, las intervenciones ilegales de la policía en los barrios pobres, la práctica diseminada de la tortura y así como la presunción de la ejecución sumaria de los moradores sospechosos de barrios pobres o de alguna forma estigmatizados [...], la impunidad en el comercio de drogas y el gran número de niños abandonados en las calles [...] reflejan apenas un grave proceso de decadencia urbana. Estos elementos también expresan la creciente incapacidad del Estado para tomar efectivas sus propias regulaciones.²⁵

En una sociedad donde imperan los procesos arriba señalados se despedazan los principios básicos de la ciudadanía, pues se coloca en

²⁴ Guillermo O'Donnell, “Democracia delegativa”, *Novos Estudos*, San Pablo, CEBRAP, núm. 22, octubre de 1988.

²⁵ Guillermo O'Donnell, “Sobre o Estado, A Democratização e Alguns Problemas Conceituais: Uma visão Latino-Americana com uma Rápida Olhada em Alguns Países Pós-Comunistas”, *Novos Estudos*, San Pablo, CEBRAP, núm. 36, julio de 1993, p. 129.

jaque lo que define el núcleo de las atribuciones exclusivas del Estado moderno, el monopolio legítimo de la violencia. En este sentido cabe hacer mención de 3 563 personas asesinadas por la policía metropolitana de São Paulo entre 1984 y 1989, con un incremento creciente que alcanza a 585 en 1990 y 1 074 en 1991; muchas de ellas eran meros transeúntes sin antecedentes criminales, o practicantes de delitos menores. He aquí otra cara de la misma moneda: se perpetraron 177 781 asaltos a residencias en 1990, cuando habían sido sólo 6 566 en 1985. De ahí la frase lapidaria “quien define la ciudadanía en la práctica, es la policía”.²⁶

Se puede tomar también la cuestión de la ciudadanía desde el ángulo de la organización y de las luchas trabajadoras. Sin duda durante los años ochenta hubo avances significativos en la organización de los trabajadores, lo que se hace patente con la creación de centrales sindicales poderosas que, por lo menos en las regiones económicamente más desarrolladas, consiguieron una fuerte penetración en los sindicatos y en los locales de trabajo.²⁷ Importa resaltar que —no por efecto de la liberalización política— se incrementaron los conflictos del trabajo: entre 1982 y 1984 acontecieron 920 huelgas, número que se incrementó hasta casi 3 000 en el trienio siguiente, hasta 1987, llegando a 4 597 paralizaciones en los últimos 3 años de la década.

Sin embargo, cabe subrayar que esta revitalización de las luchas sindicales, que se traduce en casi 10 millones de huelguistas al comienzo de la década y culmina con más de 30 millones al final de la misma, no logró invertir la tendencia de deterioro salarial.²⁸ Sintomática, en este sentido, es la disminución de la remuneración real de los metalúrgicos de San Bernardo del Campo y de Diadema, donde se concentra la industria automovilística, sede del sindicato de mayor tradición de lucha en el país. Las remuneraciones para esta rama equivalían en 1991 a 30% de

²⁶ José Murilo Carvalho, “Interesses Contra a Cidadania”, en *Brasileiro Cidadão*, San Pablo, Editora Cultura, p. 90.

²⁷ Retomo las ideas contenidas en Lúcio Kowarick y Milton Campanário, “São Paulo, Metrópole do Subdesenvolvimento Industrializado: Do Milagre à Crise Económica”, en L. Kowarick (comp.), *As Lutas Sociais e a Cidade: São Paulo, Passado e Presente*, San Pablo, Paz e Terra; 2a. edición en inglés: *Social Struggles and the City: The Case of São Paulo*, Nueva York, Monthly Review Press, 1994.

²⁸ Si consideramos como 100 el índice para el salario mínimo en el municipio de São Paulo en 1970, el mismo cae a 46 al inicio de la década siguiente. Tanto en la región metropolitana como en São Paulo la renta familiar media descendió 50% entre 1977 y 1987. En términos reales, el salario medio en la región disminuyó 30% entre 1985 y 1990.

las imperante en 1983. Tal categoría perdía, además, un tercio de los puestos de trabajo.

Podrían presentarse múltiples ejemplos como los mencionados; constituyen la regla de lo que ocurre con los trabajadores brasileños, inclusive con los que pertenecen a los sindicatos más organizados y combativos: la intensificación de la movilización trabajadora no consigue frenar el deterioro salarial ni el aumento del desempleo, comprometiendo también por este medio, uno de los aspectos básicos para la ciudadanía: la privación del derecho al trabajo constituye para la misma minoría, una condición extremada de pauperización.²⁹

En los planteamientos antes esbozados está contenida la cuestión de por qué un acontecimiento singular en cuanto a movilización social y política, como la destitución legal (*impeachment*) del presidente Collor, no produjo alternativas históricas que situasen a la sociedad brasileña en los rumbos de lo que ha sido llamado “modernidad”. Días después de la destitución del presidente de la república, como si se sintiese aversión por esa valiente práctica de la democracia, tuvo lugar un acontecimiento que representa su inverso: el arbitrio sin límites, consustanciado en el exterminio de 111 reclusos realizado por la policía militar en el presidio del Carandirú en São Paulo. Éstos son solamente dos de los múltiples ejemplos que señalan la violación de los derechos básicos y que se acumulan en el archivo muerto de la banalidad que marca la violencia que impregna nuestra vida cotidiana. El hecho resulta aún más grave al tener conocimiento de que 41% de los paulistas estuvieron de acuerdo con la masacre practicada con la anuencia de las autoridades públicas.³⁰

En el escenario “post-Collor”, ocurre una vez más, como en la época de las movilizaciones de las “Directas Ya”, o en ocasión del “Plan Cruzado”, que se advierte la sensación de derrota de un vigor social y de una voluntad política que no se canalizan hacia transformaciones más profundas. Descuella la imagen de un país que no consigue caminar en la dirección de su propio desarrollo, entendido como progreso económico, construcción de instituciones políticas democráticas y extensión de los derechos individuales y colectivos. Queda la sensación de la derrota de múltiples y variadas creencias y aspiraciones que presentaban un intenso deseo de cambio. Queda una sociedad llena de contrastes que parece haber amortiguado sus impulsos de transformación social y políti-

²⁹ Este tema ha sido desarrollado por Vera da Silva Telles en “A cidadania inexistente...”, *op. cit.*

³⁰ El asesinato de los niños de la Candelaria, según *Data Folha*, recibió en Río de Janeiro la aprobación de 16% de los entrevistados.

ca y haber derrochado la oportunidad de avanzar en la consolidación de los derechos de la ciudadanía.

El conjunto de reflexiones asentadas en las páginas anteriores hace posible presentar la categoría de *ciudadano de primera clase* constituida por la población con renta de más de diez salarios mínimos, y que no alcanza el 1% de la población: “es la persona capaz de defender sus derechos y también sus privilegios, recurriendo a amigos influyentes, pagando abogados, comprando a la policía”.³¹ He ahí también su contrapunto, el *ciudadano de tercera clase*, la mayoría de la población, que gana salarios irrisorios, que forma parte de los millones de analfabetos y semianalfabetos, que vive en tugurios, ranchos, *palafitos*, chozas, cabezas de puerco u otras designaciones de las viviendas así llamadas subnormales, en las cuales se aglomera casi 70% de los habitantes del país: “este brasileño forma parte de la comunidad política nacional apenas nominalmente. Sus derechos civiles son escamoteados sistemáticamente. Es culpable, hasta que prueba lo contrario, y a veces incluso después de probar su inocencia”.³²

Estas consideraciones permiten presentar otra categoría: trátase de lo que puede ser denominado *ciudadano privado*.³³ Hay que decir, inicialmente, que esta idea constituye una paradoja, pues los términos contenidos en el binomio son incompatibles entre sí. Esto porque el concepto de ciudadanía hace referencia a destinos y proyectos históricamente compartidos y a procesos de conquista colectivos.

Pero la incompatibilidad de los términos tiene su razón de ser: transformémonos en *ciudadanos privados* —impregnados por la moralidad que caracteriza la ética del mundo de la casa— porque en el espacio público “somos estrictamente subciudadanos”.³⁴

Sin asomo de duda, en contraposición a la seguridad del espacio privado —la casa—, la violencia del espacio público —la calle— es una de las principales características de la vida diaria de nuestras ciudades: en ellas, el espacio público se traduce en la brutalidad de la violencia cotidiana de las horas consumidas en el trayecto que liga la habitación al trabajo; en el ritmo, la jornada de trabajo y la remuneración resultante; y eso para no hablar del descarte precoz de la fuerza de tra-

³¹ José Murillo Carvalho, “Interesses contra a Cidadania”, *op. cit.*, p. 91.

³² *Ibid.*, p. 92.

³³ Retomo y resumo las ideas desarrolladas en el artículo “Cidade e Cidadania”, *op. cit.*, p. 8.

³⁴ Roberto Da Matta, *A Casa e a Rua*, Río de Janeiro, Editora Guanabara, 1987, p. 21.

bajo o de la impunidad de los hampones o de la policía. El espacio público es también sinónimo de irrespetuosidad y miedo. Miedo de quedarse enfermo, desempleado, accidentado o atropellado, preso, torturado; de transformarse en marginal. Irrespetuosidad, hacia los peatones y consumidores: el miedo, o la falta de respeto de parte de las burocracias o de aquellos que son social y económicamente superiores “¿Usted con quién cree que está hablando?”³⁵

La desigualdad que de hecho existe frente a la ley destruye la propia idea de justicia. Y, en el ámbito del sistema político, como ya fue anotado, la apropiación privada de la cosa pública escamotea las concepciones más elementales de lo que es una república, desmoralizando los valores inherentes a las instituciones democráticas: el espacio público continúa regido por los “principios de cordialidad” —como nos lo hace ver Sergio Buarque de Holanda—, cuya fundamentación, lejos de estructurarse en reglas explícitas y universales, se basa en criterios de inclusión y exclusión de derechos y deberes marcados por el favoritismo y, por lo tanto, por el arbitrio y la violencia.³⁶

Recibido en noviembre de 1995

Revisado en marzo de 1996

Correspondencia: Universidade de São Paulo/ Departamento de Ciencia Política/ Rua do Lago, 717/ Cx. Postal 8105/ Cd. Universitaria/ CEP 05508 900/ São Paulo, SP/ Brasil/ Fax 98 11 211 22 69.

³⁵ He aquí nuevamente una obra esencial: Roberto Da Matta, *Carnavais, Malandros e Heróis*, Río de Janeiro, Zahar, 1975. Véase también Guillermo O'Donnell, “Situações: Microcenos da Privatização do Público em São Paulo”, *Novos Estudos*, San Pablo, núm. 22, octubre de 1988.

³⁶ Sergio Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, Río de Janeiro, José Olympio Editora, 10a. ed., 1976.

